

OLIPHOTH



Iván Olmedo
Jorge R. Ogdon
Jorge Vallejo Ortega
Óscar Mariscal
Sergio Mars

15

ÍNDICE



Editorial.....III



'Confesión de un olímpico',
por Iván Olmedo.....IV



'Sirena',
por Jorge Vallejo Ortega.....VII



'Augusto Darvell & Konrad Dippel',
por Óscar Mariscal.....IX



'Asmodeo',
por Sergio Mars.....XIII



'La Puerta Etrusca (XI)',
por Jorge R. Ogdon.....XV

Agosto 2005

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: santiago@eximeno.com

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Santiago Eximeno & Francisco Ruiz.

DISEÑO DE PORTADA:

"El Barquero de Sueños", Krystal Camprubi (<http://www.krystal-camprubi.com>)

COLABORAN:

Iván Olmedo, Krystal Camprubi (ilustración de portada), Sergio Mars, Isabel Sánchez (ilustración de *Sirena*), Jorge Vallejo Ortega, Óscar Mariscal y Jorge R. Ogdon (ilustración de *La Puerta Etrusca*).

EDITORIAL

Desvelando al padre.

Es un hecho constatado que el medio influye en la mente del hombre, dirigiendo en algunos aspectos su comportamiento, y en última medida su manera de pensar, contemplar y comprender todo cuanto le rodea. Miles de estímulos diferentes, muchas veces contradictorios entre sí, abordan a la criatura humana desde el momento de su nacimiento hasta el de su deceso. Y uno de ellos, quizá el que afecta de manera más incontrolable y profunda, es el temor.

El hombre nace al mundo y lo primero que recibe de él es miedo y dolor. El seno materno es un hogar cálido, húmedo y cómodo, demasiado distinto de ese otro, frío, árido e inhóspito. Realidad equivale a miedo, existencia a dolor; el placer y la felicidad son dos metas que con frecuencia resultan arduas de lograr, y el sendero hacia ellas está repleto de penalidades.

He aquí el hombre; he aquí su mundo; he aquí su señor: el miedo.

La criatura humana nace y crece rodeado de cosas que no comprende, que desconoce, pero que le afectan. A medida que madura algunas preguntas son resueltas, pero desencadenando otras cataratas de dudas. La duda oprime y atemoriza, abriendo un abismo entre el individuo y el mundo en que vive, una sima anegada de miedo: cualquier acción puede precipitarle en esas profundidades de indeterminado pavor. En las que cualquier cosa podría causarle dolor y sufrimiento.

Ante ese miedo que le rodea, que le moldea, que le coarta sus acciones, el hombre trata de defenderse. Lo hace de la única manera que puede: antropomorfizando sus temores. El hombre necesita plasmarlos algo concreto, material o cercano, una figura a la vez pavorosa y cercana, enorme pero mensurable.

Así el hombre creó a dios; y vio que era bueno... y aterrador.

A partir de ese momento la criatura humana conjuró sus temores en forma de demonios, toda una corte que arropaba y engrandecía (aun en el papel de contrincante) al dios o dioses de los que surge la realidad. La realidad, el miedo y el dolor: ellos surgen de esos dioses, veleidosos y traicioneros. Los miedos quedan así enfocados en puntos concretos, focos conocidos ante los que defenderse, entidades a las que maldecir o insultar, o lisonjear y sobornar.

Todo esto ocurrió, en sus formas más primitivas, miles de años atrás, y se ha repetido en diferentes encarnaciones a lo largo de toda la historia de la humanidad. Los dioses surgiendo, ganando adoradores y fortaleciéndose hasta el punto de que éstos pierden la perspectiva y olvidan la última naturaleza divina: gigantes nacidos del miedo. Los dioses, investidos con su parafernalia resplandeciente del rito y de la opulencia, se han convertido en algo cercano e incluso amigable, criaturas domesticadas para nuestro disfrute o temor personales, pero prescindibles en momentos determinados (siempre al gusto del fiel). El tiempo los ha frivolidado, desdibujando ese poder primario en el que se basan: el miedo a lo desconocido o a lo amenazador.

Desde aquí, querido lector, le invitamos a que desvele al padre que se oculta tras sus creencias religiosas, la verdadera realidad que se oculta tras toda cosmogonía, que contemple la naturaleza primaria del motor que mueve el mundo: paladee el miedo. Por favor, desempolva sus temores y déjese llevar por ellos; redescubra ese arco iris de infinitas tonalidades que es la vida a la luz del pavor; disfrute de la panorámica ominosa de un mundo que se mueve pese al Hombre, y no olvide gritar. Total, en el vacío de la vacuidad e inutilidad de la existencia humana nadie escuchará sus gritos.

Siéntese y disfrute; siéntese y tiemble.

Los Editores.

Confesión de un Olímpico

Por Iván Olmedo

Para mi pelirroja

“La vida en el Olimpo es muy aburrida. Cualquiera que no tenga cabida en los planes supremos y no habite estas torres de jade creará que aquí todo es perfecto. Creará que el aire siempre huele bien, que la comida y la bebida son abundantes y exquisitas, que los bordes del retrete siempre están limpios y que las diosas están dispuestas a jugar con las cositas de los dioses constantemente. Bueno, no es del todo falso, pero después de una eternidad, resulta aburrido. Cualquiera que no goce del favor de mis antepasados y no se encuentre dentro de los límites del Olimpo creará que la vida aquí es como un lecho de rosas. La verdad es que en mi mundo, por lo que yo sé, los únicos que se quedan fuera de estas fronteras son los muertos. Cuando era niño me gustaba verlos pasear desde mi alta ventana. Podía verlos, no se crea que la morada de los dioses está colgada entre las nubes y todo eso. No, las torres de este paraíso no están mal –sobre todo la de papá– pero no nos alzamos más que unos cientos de metros sobre la Tierra de los muertos.

Me gustaba contemplarlos pasear, digo, aunque más que pasear parecía que corrían, como si tuvieran prisa por llegar a alguna parte. Caminaban siempre muy rápido, con vivacidad (¡je!) y sonriendo de oreja a oreja, sin hablar nunca unos con otros; sin embargo siempre se los veía muy animados. A mí me chocaba mucho que se rieran tanto, que parecieran tan despreocupados, al fin y al cabo estaban muertos, ¿no? Pero, ahora que lo pienso, quizás se despreocupaban precisamente porque eran muertos y muertos seguirían siendo para siempre. Como cualquier otro dioscecillo de mi edad sentía curiosidad por el mundo exterior, y lo único que conocíamos del exterior eran los cadáveres que correteaban a los pies de los muros de nuestra casa. Justo debajo de la ventana de mi amplio dormitorio, que por cierto tenía que compartir con el bruto de Glauco –años más tarde famoso por no sé qué comportamientos perversos con unas

yeguas– se formaba una algarabía insoportable cuando alguno de nosotros, con muy mala intención (que para eso éramos dioses) dejaba caer sus inmundicias sobre los desprevenidos y alegres muertos, que de todas formas tras el alboroto inicial se olvidaban del asunto y seguían con sus carreritas arriba y abajo, incansables. Papá hacía la vista gorda, pero mamá Hera nos decía que era inmoral, que éramos deidades, y que el respeto, la leyenda... en fin, nos obligaba a bajar las persianas si nos pillaba, y nos castigaba sin catar las delicias de la hidromiel durante una semana. Una semana... ¡qué periodo de tiempo más ridículo para un dios! Por supuesto días después allí estábamos otra vez Glauco, Aristeo, yo y los demás regando la Tierra con nuestros sagrados fluidos... a mamá Hera nunca le hicimos mucho caso.”

“Después de un tiempo, de unos años o puede que unos siglos, contemplar a los cadáveres andantes dejó de interesarme. Ellos seguían igual, siempre igual, con la misma sonrisa que ya me estaba empezando a cansar, con los mismos harapos, los mismos gusanos en las cuencas de los ojos. Yo, como inmortal, crecía rápido, pero llegó un momento en que me estancué en mi forma actual y de ahí para arriba, nada. Entonces empecé a cuestionarme el sentido de la vida. Si todo consistía en levantarles las túnicas a las ninfas, en atiborrarse de uvas y peras, y en lanzarles miradas de desprecio a los dioses menores que no podían siquiera permitirse una parcela en la zona más soleada del Panteón, ¿habría de seguir así eternamente? Las mismas piedras, las mismas columnas, las mismas fuentes de plata y oro, las mismas batallitas narradas por el abuelo Cronos sin descanso... los mismos muertos tronchados de risa...

Pero el brutal hastío, siempre peligroso en un dios omnisciente, se disipó el día, bendito día, en que llegó Akka. Akka era una niña preciosa, de interminables trenzas rojas como el sufrimiento. Llegó con un grupo de intercambio de Valhalla, para aprender cosas de nuestra arquitectura y

admirar nuestras delicadas estatuas desnudas. Los dioses jóvenes son así de inquietos. Ocuparon las habitaciones inferiores del Olimpo, vacías ya desde mis antiguas travesuras infantiles. A Akka le fascinaron enseguida los cadáveres del patio, y con su carita ovalada y pecosa seguía sus evoluciones tarde tras tarde, dejando escapar una risa de jilguero cada vez que uno de ellos tropezaba o se enganchaba en las tibias descarnadas de otro. Nos habíamos hecho muy amigos, gracias a su carácter de niña despreocupada y alegre, y a mi falta de horizontes más allá de la vida amuermada que me ofrecía mi condición. Todas las mañanas corría muy temprano hasta mi diván para despertarme. A aquellas horas impensables para un dios, mis hermanos y hermanas yacían todavía ajados y rotos de cansancio, derrumbados entre los bronce y los mármoles, con las túnicas revueltas y el cabello pegajoso, pagando el plácido precio, cuajado de ronquidos, de los excesos nocturnos. Yo había dejado discretamente de participar en las orgías que de continuo se organizaban en las escalinatas de la cúpula dorada. Pasaba más tiempo con Akka, y la verdad es que no echaba de menos las resacas mañaneras.

Le enseñaba a la niña los pasillos y los misterios del Olimpo, las columnas más altas de la Tierra, los aposentos de los dioses olímpicos, el cetro de Éaco, la caja de Pandora y los secretos somníferos que Morfeo creía tener bien escondidos. A ella parecía gustarle mucho mi compañía, y no cesaba de hacerme preguntas mientras retozábamos por las salas y las terrazas hasta la caída del Sol, cuando se encendían las inextinguibles velas de cera roja arrebatadas a los Gigantes. Cuando esto sucedía, ella corría a reunirse con sus rubicundos compañeros nórdicos en las habitaciones preparadas para los visitantes. Yo, por mi parte, acudía al bullicio fanfarrón de la cena presidida por mi padre y amenizada por las obscenidades y el descaro habitual de los que morábamos en lo alto de las torres sagradas, pero evitaba participar de tales desmanes, y pronto me entregaba con placer al descanso divino. Así transcurrieron las semanas, hasta que en una de nuestras expediciones por los recónditos parajes de la Ciudad de las Maravillas, Akka descubrió a Adonis. Y se enamoró.”

“Adonis era el guapito oficial, un insoportable

petulante de bonitos ojos, que tenía la cabeza más hueca de lo habitual en un olímpico. Ni siquiera de niño se dignó jugar con nosotros y compartir nuestras travesuras. Por supuesto, los muertos del patio le horrorizaban. Era la imagen candorosa de los dioses del día y la mascota sexual de los dioses de la noche. Desde luego, yo no envidiaba su cuerpo estilizado ni sus arrogantes rizos perfumados, es más, le tenía lástima al pobre pelele, por muy hermosas que fueran sus facciones. Pero cuando posó sus manos sobre Akka olvidé lo que él era, lo que era yo, y dónde estábamos ambos. Supongo que para los mortales no es fácil penetrar en la mente de un inmortal y comprender lo que siente ante las cosas de la vida, por insignificantes que parezcan. La Eternidad hace que tengas mucho tiempo para pensar, y las heridas del alma nunca se cierran. Es posible que con una sola de mis manos pueda retorcer el hierro o abrasar el granito más duro, mas el poder físico que Zeus nos ha prodigado palidece ante la complejidad de nuestras mentes, que urden descaradamente juegos ingenuos con flores y miel, y bacanales perversas todas las noches, sólo para disfrazar durante unas horas —que no significan nada para nosotros— la profunda oscuridad y desconfianza que anidan en nuestros cerebros. Los dioses, por supuesto, estamos locos. No podría ser de otra manera.

Por eso una semana después de que encontrase los cuerpos desnudos y enlazados de Akka y Adonis bajo la sombra de los árboles plateados del jardín, dándose amor y estremeciéndose de placer, aplasté la cabeza de la niña con mis propias manos y acusé a Adonis de haberla matado, celoso de su fresca y juvenil belleza. Mi verbo seguro y malintencionado superaba en mucho a la inocente perfección del rostro del acusado, y convenció suficientemente al consejo de dioses designado para su juicio. Dado el cariño que yo había sentido por la pequeña diosa y, sobre todo, dados los muchos corazones rotos y entrepiernas insatisfechas que el joven Adonis había ido dejando en su camino a la cúpula dorada del Olimpo, no vacilaron en condenarle. Con todo esto, y aunque la sombra de la sospecha jamás me abandonó del todo, Adonis fue arrojado a la Tierra y perdido entre los cadáveres ambulantes que día y noche, durante siglos, corrían hacia la nada con la más prometedora de las sonrisas en los labios. La ironía de su destino final sumió en un mar de

carcajadas mi poco piadoso espíritu.”

“Todo sigue igual desde entonces. El padre Odín, furioso por la trágica noticia de la muerte de un ser tan querido para Él, y cuya protección había sido encomendada a sus iguales mediterráneos, amenazó con la guerra entre dioses y el desencadenamiento de Ragnarok, pero acabó por conformarse con la palabra de mi padre y ciertas ventajas políticas concedidas a su rudo panteón nórdico.

En cuanto a mí, ciertamente puedo decir que amaba a Akka, que la amé durante un tiempo al menos, y que iluminó algo más con su estancia la

resplandeciente casa de mi familia. Sin embargo, mi vida es muy larga, y puedo encontrar otras cosas en qué ocuparla. Debo ser fuerte, dar ejemplo, representar mi papel. Además, ¿para qué engañarnos?, los panteones están llenos a rebosar de diosas, y después de todo, el dolor que pudiera sentir se disipará pronto. Es más, podría decirse que la pelirroja y grácil Akka fue para mí un capricho pasajero. El año que viene esperamos la visita de un grupo de estudiantes egipcios y, ¿quién sabe?, puede que venga con ellos alguna pequeña diosa de ojos almendrados, piel morena, y que sepa menear bien las caderas...”

Sirena

Por Jorge Vallejo Ortega

Dicen que tengo el pelo como el de mi abuelo, que venía de un sitio donde hay montañas de hielo en medio de la mar.

Cuando el abuelo llegó al pueblo ya venía con mi abuela, que nadie sabe de qué color tenía el pelo. Unos dicen que como el hilo de oro del mantón de la Virgen, otros que del color de la paja, y otros que de esta o aquella manera. Yo creo que sólo lo subieran sabido si lo hubieran visto mojado.

Pero dicen que tenía los ojos tan azules y claros como el cielo en verano y la voz como un trino y un tintineo. Mis ojos son verdes como los de mi padre, y mi madre los tiene oscuros. Ella es una mujer del pueblo, muy morena pero de piel clara. Con el pelo y los ojos tan oscuros como la noche, que es lo que la llama mi padre cuando la abraza y la besa: “—Eres mi noche”.

Mi abuela era una sirena. Mis padres me contaron la historia muchas veces cuando era pequeña. Pero no lo creí nunca hasta que me lo contó el Viejo Arturo. Entonces sí que me lo creí.

El viejo Arturo nunca vio la mar. El nació en la sierra y cuando tuvo edad para trabajar se vino a la ría, porque el deseo de toda su vida había sido ver la mar. Viajó largo y a pie, con el hato al hombro. Así venía cuando iba ya subiendo la cuesta del Viejo Arturo, que antes se llamaba la Cuesta del Mirador porque cuando la subes desde tierra adentro puedes ver ya la mar, donde una mula le dio una coz en la cabeza que le quitó la vista pero no el hambre de mar.

Ya no pudo ver la mar, pero quiso quedarse y no volver a su pueblo para no perderla del todo, la mar. Así durante toda su vida la ha oído y tocado y saboreado.

Él antes sabía hacer tallas bonitas de madera, como pájaros y caballos y una mujer con una cesta en la cintura. Había aprendido de oídas y volvió a aprender, al tacto, para poder ir viviendo.

Todo lo que te cuento me lo contaba a mí él, que era ya viejo cuando yo era pequeña y me pedía que le explicara cada día qué se veía en la

mar y me contaba historias sobre la mar y el pueblo y los pescadores.

Me contaba todo eso y también que mi abuela era sirena, con cola de pez si estaba en el agua y piernas de persona en tierra; como las que dicen que cantan hechizos a los marineros y hacen que los barcos se estrellen contra los escollos. Sólo que esta vez fue mi abuelo el que hechizó a la sirena, que se estrelló contara las personas.

Se marchitó, me dijo el viejo Arturo, envenenada por las lenguas afiladas de las mujeres, que no podían aguantar que la mar tomara forma de mujer para seducir aún más a los hombres, y lenguas de hombres que no podían aguantar que fuera otro el que había seducido a la mar.

Mi abuela murió como una vela que se apaga; y mi abuelo la siguió dejando sólo a mi padre. Se arrojó al agua desde la Roca del Forastero, que es como llamaban a mi abuelo y como, desde entonces, han llamado a esa parte del acantilado.

Todo esto me lo contaron también en mi casa, pero creía que eran cuentos. Sólo me lo creía de boca del Viejo Arturo, mientras tallaba la madera en el puerto. Paraba de vez en cuando y escuchaba para luego seguir tallando, como si le dictaran como tenía que hacerlo.

Ahora es un hombre muy, muy viejo, y ya no me pide que le cuente la mar ni los barcos. Se sienta solo de cara a la mar y escucha con atención. Su silencio y el arrullo del agua son como una oración, pero yo no sé bien si es él que le reza a la mar o la mar la que le reza a él.

Todos los años se hace una fiesta al acabar la primavera. Por la noche hay baile, y al final de todo se queman las hogueras. También viene gente de la ciudad, los que se fueron del pueblo buscando trabajo y encontraron una familia.

No me gusta la fiesta, todo me parece muy estúpido, pero me gusta pasear y ver cómo se comporta la gente. Así fue como encontré al chico de la ciudad. Un muchacho de ojos tristes. Parecía perdido y fuera de lugar entre las risas, como yo. Vestido con traje y con unas gafas enormes y tan

serio que casi parecía un adulto.

Me presenté a él y le pregunté el nombre. Eugenio se llamaba. Era muy tímido y se puso todo colorado mientras le hablaba.

Se dejó llevar lejos del bullicio cogido de mi mano, como un borreguito.

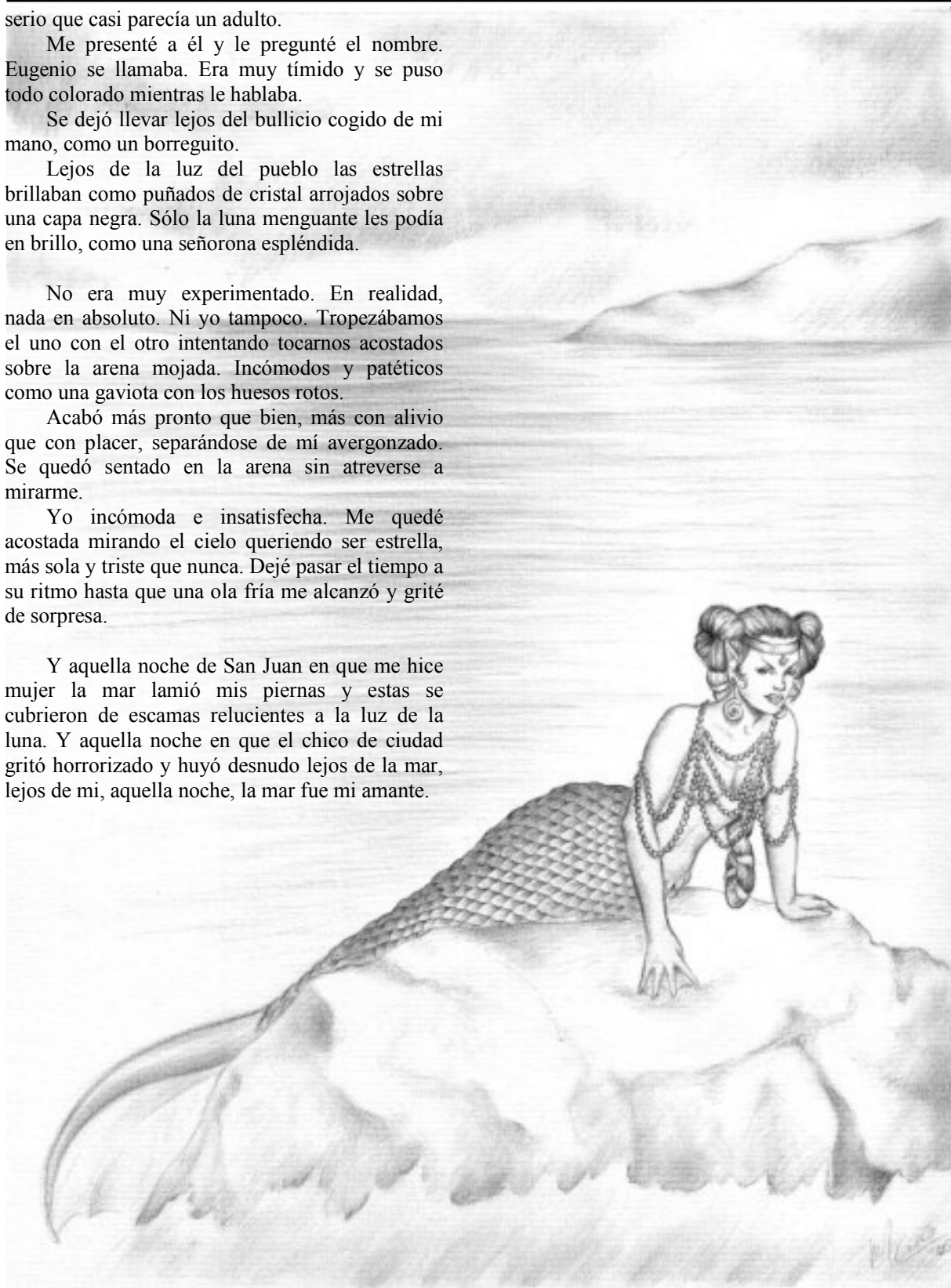
Lejos de la luz del pueblo las estrellas brillaban como puñados de cristal arrojados sobre una capa negra. Sólo la luna menguante les podía en brillo, como una señorona espléndida.

No era muy experimentado. En realidad, nada en absoluto. Ni yo tampoco. Tropezábamos el uno con el otro intentando tocarnos acostados sobre la arena mojada. Incómodos y patéticos como una gaviota con los huesos rotos.

Acabó más pronto que bien, más con alivio que con placer, separándose de mí avergonzado. Se quedó sentado en la arena sin atreverse a mirarme.

Yo incómoda e insatisfecha. Me quedé acostada mirando el cielo queriendo ser estrella, más sola y triste que nunca. Dejé pasar el tiempo a su ritmo hasta que una ola fría me alcanzó y grité de sorpresa.

Y aquella noche de San Juan en que me hice mujer la mar lamió mis piernas y estas se cubrieron de escamas relucientes a la luz de la luna. Y aquella noche en que el chico de ciudad gritó horrorizado y huyó desnudo lejos de la mar, lejos de mi, aquella noche, la mar fue mi amante.



Augusto Darvel & Konrad Dippel

Por Óscar Mariscal

Augusto Darvell & Konrad Dippel: Convidados de Piedra en Villa Diodati

1. Rayos y Truenos junto al lago Ginebra

Todo empezó, dicen, en una de aquellas “noches locas” de Villa Diodati durante el húmedo y escandaloso verano de 1816, cuando **lord Byron** pronunció su célebre desafío: “*¡escribamos cada uno un relato de fantasmas!*”. Los retados por el bardo Inglés fueron: **Mary Godwin** –más tarde Shelley–, y su hermanastra **Claire Clairmont**, **Percy Bysshe Shelley** y **Jhon William Polidori**. La electricidad liberada en aquel estío tormentoso, animó los cuerpos de dos arquetipos de la novela y el cine de terror... y alguna duda razonable, que exponemos a continuación:

2. Augusto Darvell: El Relamido Vampiro del “Fragmento” de Byron

Siento aversión hacia los vampiros –escribió Lord Byron– *y a pesar de mi escasa relación con ellos, en modo alguno osaría revelar sus secretos*. Sin embargo, el inmortal poeta urdió durante la noche del 17 de junio de 1816, el siguiente plan para una novela: *dos amigos viajan desde Inglaterra a Grecia; durante el periplo uno de ellos va a morir, pero antes, debe obtener de su camarada un juramento de secreto respecto a su defunción. Algún tiempo después, el viajero superviviente, al volver a su país natal, empieza a ver a su anterior compañero moviéndose en sociedad, y quedará definitivamente horrorizado al descubrir que está cortejando a su hermana...* ¡Lástima! Con apenas dos páginas escritas, Byron abandona la obra –dejando a sus personajes cerca del cementerio de los Siete Durmientes en Éfeso–, para partir hacia los Alpes con su secretario y médico personal J. W. Polidori. Este último, cansado ya de los desordenes sexuales de su patrón, de asistir a las inenarrables orgías montadas por el autor de **Childe Harold** en cada uno de los hoteles donde se hospedaban; de soportar en fin, a un hombre que sólo demostró ternura ante los huesos de las once mil vírgenes de la iglesia de **Santa Úrsula**,

abandona a Byron en 1817.

Ya en Inglaterra, Polidori escribe un relato inspirado en las notas de su antiguo mentor, cuyo protagonista, el depravado y elegante “mago póstumo” **lord Ruthven** –Augusto Darvell en el “Fragmento” original–, parece ser un trasunto del mismísimo Byron –“*muy poco semejante a mí*”, negaba el poeta–. **El Vampiro** apareció en el **New Monthly Magazine** de abril de 1819, y es atribuido por el astuto editor a lord Byron, quien reniega de él inmediatamente: “*no creo que la gente que me conoce, pueda creer que lo publicado en el Magazine sea cosa mía*”; y para que no quede ninguna duda, Byron incluye el **Fragmento para una Novela** –se ha reeditado a veces como **El Entierro**– al final de su poema narrativo **Mazeppa** –la versión original se puede encontrar en:

www.praxis.co.uk/credebyron/fragment.htm–.

En una nota de **Ornella Volta** y **Valerio Riva** a **El Vampiro** de Polidori (**Vampiros entre Nosotros**, Barcelona 1963) se afirmaba que: *no existen huellas ni en las pocas páginas iniciales ni en el plan de la narración* –escritos por Byron–, *de un especial marco vampírico*; y es aquí donde discrepamos, apoyándonos en los siguientes puntos:

I: El *finale presto* del fragmento de Byron –una de las “muertes” de Darvell– transcurre en un abandonado cementerio mahometano, en el que el moribundo *ya había estado*: quizá por ser aquél, el lugar donde adquirió la inmortalidad a manos, o a colmillos, de un **Broucoloka** –una palabra que al decir de Byron, *los griegos modernos no pueden pronunciar sin sentir horror*–.

II: El juramento que aparece en el relato de Polidori, tiene como único objeto mantener en secreto la muerte del vampiro: *Jura que durante un año y un día no revelarás a ningún ser viviente mis delitos y mi muerte*.

El juramento descrito por Byron, encubre por el contrario, un complejo ritual de muerte y resurrección cíclica: *En el noveno día del mes,*

exactamente al mediodía, debes arrojar este anillo en las cataratas de sal que corren hasta la bahía de Eleusis. Al día siguiente, a la misma hora, debes dirigirte a las ruinas del templo de Ceres y esperar durante una hora. Esta idea de la vida y la muerte pugnando periódicamente por el pálido cuerpo de Darvell, es sugerida con la mención de la diosa Ceres / **Deméter**, cuya hija **Perséfone**, esposa de **Plutón** Señor de los Abismos, *pasa seis meses bajo la tierra con los muertos, y el resto del año con los vivos sobre ella*: Tal es el origen de los Misterios Eleusinos. Polidori alude también, en su versión de la historia, a este rito anual de resurrección cuando pone en labios de la bella **Ianthe**, la historia de un vampiro *obligado cada año a chupar la sangre de una muchacha para prorrogar su desgraciada existencia*.

III: En el cuento de Byron, el lugar exacto donde debe ser enterrado “Darvell el errabundo”, es señalado por una cigüeña que lleva una serpiente en el pico:

—¿Ves ese pájaro? —dice Darvell— ¿y la serpiente en su pico?...

Esta ave, como dice **Cirlot** en su **Diccionario de Símbolos**, es un emblema del eterno viajero y, según el **De Bestiis** (Bestiario francés del S.XII), estas enemigas de las serpientes *formulan reproches a los que no creen en la Encarnación y en el Juicio Final*.

—No hay nada raro en ello —le responde el protagonista, **Aubrey** en el cuento de Polidori—, *es su presa natural. Aunque es extraño que no la devore...*

Según **René Guénon** este combate simbólico entre cigüeña-garza y serpiente-dragón, *expresa la lucha de los ángeles con los demonios, de las potencias celestes contra las potencias infernales, es decir, la oposición entre los estados superiores y los inferiores*.

Y como punto final al lúgubre diálogo entre ambos, Darvell sonríe malignamente y espeta:

—¡Todavía no es el momento!

Y es así como se revela al lector que en el “plan divino”, Darvell-Ruthven —un cuerpo usurpado por un alma condenada a regresar, una y otra vez, del Purgatorio— ha sido definitivamente excluido de la salvación...

3. ¡Carne Para el Doctor Dippel!

La crítica suele proponernos la figura del alquimista renacentista, como precursor de esa promoción de “científicos locos” que tan garbosamente pulula por las pantallas cinematográficas; y efectivamente, la alambicada parafernalia propia del *Arte de Hermes* —junto a grandes máquinas electrostáticas y acero quirúrgico surtido—, nos parece ya imprescindible en los “trabajos fin de carrera” de cualquier *pálido estudiante de artes impías*, empeñado en la creación de algún tipo de vida artificial. En el campo de la historiografía literaria, este argumento fue puesto de moda por **Radu Florescu** en su libro **In Search of Frankenstein** (Nueva York, 1975). Según este profesor emérito de historia de la Universidad de Boston, el monstruo de la Shelley respiró por vez primera en 1814 ¡dos años antes de las “creativas” veladas de Villa Diodati!. “No era tan imaginativa como algunas personas pretenden, dice Florescu, las notas de su hermanastra Claire Clairmont sobre su viaje por el Rin, mencionan que se detuvo en un pueblo llamado Gernsheim, desde donde es visible el castillo de los Frankenstein. Desandando sus pasos, descubrí y demostré (sic) que Mary lo visitó, y supo de los experimentos de un alquimista del siglo XVIII —Herr Doktor Dippel— que había nacido en él”.

Las profesoras **Marilyn Butler** —responsable de una edición anotada de *Frankenstein*—, y **Kim Michasiw**, de las universidades de Oxford y de York en Toronto respectivamente, se mantienen cautelosas aunque admiten que la teoría de Florescu se sostiene. Por el contrario, **Heidi Kramm** —profesora de literatura de Stamford— discrepa: “¡Mary no necesitó ningún modelo para su Prometeo!...”. “Soy consciente de la polémica, reconoce Florescu, pero yo soy historiador, no literato”. Algunos años antes de la aparición del libro del profesor Florescu, el Barón **Clement von Frankenstein** —actor en series de TV como **El Santo** y **Los vengadores**—, había declarado en **Famous Monsters of the Movies**: *Mary Shelley conoció las peripecias de mis antepasados, y utilizó nuestro apellido familiar para su personaje Víctor*.

El fundador del linaje Frankenstein fue el caballero **Arbogast von Frankenstein** de Darmstadt (Hesse, Alemania), y la fortaleza

familiar, fue construida en 1252 acarreando piedras desde una cantera romana cercana.

Cuando en 1672 el ejército francés de **Luis XIV** franqueó el Rin durante la “Guerra de Holanda”, un pastor luterano y su esposa, lejanamente emparentados con los Frankenstein, se afanaban tras los muros del castillo familiar en socorrer a los mutilados en dicha contienda. Y así, entre el hedor de la carnicería, la pólvora de cañón y el aceite hirviendo usado para limpiar las heridas de metralla, vieron en aquella fortaleza, los primeros pasitos de su hijo Johann Konrad Dippel: el supuesto modelo usado por Mary Shelley para crear a **Víctor Frankenstein**.

El jovencito “Frankensteina” –de esta guisa, o como “Dippel del castillo Frankenstein” solía presentarse–, dejó un amargo recuerdo en la Universidad **Justus Liebig** de Giessen, donde había completado su formación como teólogo, por el contenido cínico y crudamente escéptico de su tesina, titulada *De Nihilo*. Se trasladó entonces a Estrasburgo, donde estudió quiromancia y alquimia –creó un colorante compuesto de cianógeno y hierro, conocido como “azul de Prusia”–, y predicó de vez en cuando. Al igual que el preuniversitario Víctor de la novela, estaba fascinado por la obra de **Theophrastus Bombast “Paracelso”**, para quien el azufre, la sal y el mercurio, eran los principios básicos de la composición del cosmos. Aspirante a *Hijo del Arte*, Dippel afirmaba haber convertido grandes cantidades de metales baratos en oro, “*aunque por desgracia* –acabó confesando–, *la redoma con la solución que permitía la transmutación se rompió, y la fórmula se ha perdido para siempre*”.

Dippel alcanzó cierta fama durante este periodo, pero se cuenta que acabó siendo expulsado de la ciudad a puntapiés, debido a su vida turbulenta y disoluta. Era la época en que terció –y “envenenó” cuanto pudo– en la controversia teológica entre “pietistas” y “ortodoxos”, con sus primeras obras –publicadas con el lema de **Christianus Democritus–, Orthodoxia Orthodoxorum** (1697) y **Papismus Vapulans Protestantium** (1698), en las que critica el fundamentalismo luterano: sostenía Dippel, que una vida consagrada a la religión, más allá de la asimilación del dogma, se verifica por el amor y el sacrificio personal. La implacable persecución religiosa y política en que acabó esta polémica, obligó a nuestro malogrado alquimista a cambiar

constantemente de residencia: Dinamarca, Holanda –donde en 1711 se doctoró en medicina por la Universidad de Leiden–, Suiza, y de nuevo su Darmstadt natal.

Ya como galeno diplomado, el Doctor Dippel llegó a tratar a la Emperatriz de Todas las Rusias **Catalina I**; aunque sus estudios extracurriculares, tenían por objeto lograr la inmortalidad: usó restos de animales muertos y exhumó cadáveres humanos, en un –sospechamos que vano– esfuerzo por *engendrar* –Dippel dixit– *vida a partir de la materia muerta*, de la misma manera que Víctor Frankenstein juró que *el gusano no heredaría las maravillas del ojo y el cerebro*. *El suceso en el cual se fundamenta este relato imaginario* –escribió P. B. Shelley en el prólogo a la primera edición del **Moderno Prometeo**– *ha sido considerado por el doctor Erasmus Darwin* –notorio constructor de autómatas– *y otros fisiólogos alemanes como no del todo imposible* –el énfasis es mío, O.M. –.

Los untuosos residuos de la calcinación, sublimación, fusión y destilación de piel, huesos –“*que no tengan la cortical deteriorada, que no les falten fragmentos*”, decía Dippel–, músculos, pelo, sangre y otros órganos y fluidos corporales, en sus retorcidos e interminables alambiques “dibikos” y “tribikos”, obtuvieron por un lado el reconocimiento de la ciencia oficial –el “Aceite Dippel” fue un ungüento estimulante muy usado durante el S.XVIII–, y por otro, las iras de un vecindario enfermo, a causa del hedor indescriptible de semejantes cocciones.

Nuestro ardiente vivisector y ladrón de tumbas, pasó toda su vida maquinando intrigas para conseguir la baronía Frankenstein, a la que siempre creyó tener derecho, dados los sacrificios personales hechos en nombre del blasón familiar. Dippel soñaba con instalar en los sótanos del castillo Frankenstein, un gran laboratorio en el que continuar con su industria –la fabricación de su popular aceite y “esos otros experimentos” menos confesables–, a salvo del indiscreto y levantisco populacho.

Cuando perdió toda esperanza en un traspaso legal, Dippel ofreció al Landgrave de Hesse, a la sazón heredero de título y castillo, un elixir prolongador de la vida elaborado a partir de mercurio –fase femenina y lunar del proceso alquímico– y sangre de cordero, a cambio de ambas posesiones; el astuto alquimista renano,

que aseguraba que la muerte no le visitaría antes de cumplir 135 años, se presentaba así ante el Landgrave, como prueba del milagro operado por dicha mixtura. En realidad, Dippel murió sólo un año después de su querella con el Duque de Hesse, el 25 de abril de 1734, en el castillo de Wittgenstein en Berleburg –sin haber conseguido la ansiada baronía–, tras haberse propinado un buen trago de ácido bórico.

Las **Obras Completas** de Dippel se publicaron en Berleburg en 1743. En 1771, **Luigi Galvani** provocó espasmos en tejidos muertos, aplicando descargas eléctricas. Hacia 1775 y a la sombra de los tilos que rodean el castillo Frankenstein, el joven **Goethe** leyó a sus amigos

el primer boceto de su **Fausto**. De 1920 a 1938, un Barón Frankenstein fue embajador de Austria en Londres. En 1966, se acometió la primera de las intervenciones para la restauración del castillo, y en la actualidad, se ofrece como atracción turística para los amantes del terror: todos los años se organizan visitas guiadas los días 20, 21, 22, 27, 28 y 29 de octubre y 3, 4 de noviembre (www.burg-frankenstein.de)... En el año 2003, la noticia del hallazgo de un cadáver decapitado no lejos de sus ruinosas murallas, abrió muchos noticiarios veraniegos. Quizá un descendiente de Dippel haya conseguido por fin, montar allí su tallercito: ¡Enhorabuena doctor, brindemos por un mundo nuevo de dioses y de monstruos!

Asmodeo

Por Sergio Mars

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—Bueno, ¿cuándo vas a empezar a preguntar si estás soñando o borracho o, y ésta me gusta mucho, alucinando?

—¿Por qué debería hacerlo?

—Es la reacción habitual.

—Hoy he dormido hasta tarde y, decididamente, no tengo ni pizca de sueño, por lo demás, ni bebo, ni consumo ningún tipo de estupefaciente.

—Ah.

Se instauró un incómodo silencio. El diablillo se paseó nervioso frente a la no muy atenta mirada de Felipe. Aquello suponía un cambio respecto a lo que últimamente se había acostumbrado estoicamente a presenciar aunque, pese a haberlo deseado intensamente, ahora que lo experimentaba no acababa de decidir si era de su agrado. Optó por hacer borrón y cuenta nueva y empezar de cero la conversación. El problema era que la actitud del hombre no encajaba tampoco con... lo que podría denominarse “reacción clásica”, de los añorados tiempos en que no tenía ni que presentarse.

—Verás, Felipe —su interlocutor no dio muestras de extrañeza ante el conocimiento de su nombre mostrado por el diablillo—, se nota que eres una persona instruida y, a buen seguro, no te costará nada hacerte a la idea de quién soy y a Quién represento.

El hombre se limitó a enarcar una ceja, en actitud vagamente interrogativa.

“Vaya, un tipo duro” —pensó el diablillo, exhalando unas nubecillas sulfurosas de disgusto.

—Perdone —intervino Felipe, tomando la iniciativa por primera vez desde la manifestación del pequeño demonio—, pero aquí no se puede fumar. Ya sabe, es malo para la salud.

—¿La salud? ¡La salud! —repitió el diablillo, primero con incredulidad y luego con un patente enfado que hizo que le subiera un par de tonos el saludable encarnado de su piel.

Felipe se limitó a mirarlo con expresión que podría denotar aburrimiento, de no formar

parte de ella una mirada tan vacía que excluía cualquier posibilidad de que en realidad estuviera sintiendo alguna emoción.

“Tranquilízate, Asmodeo, tranquilo, que esto no es bueno para los negocios” —pensó el diminuto engendro del abismo—. ¿Te interesa entonces la salud? —acabó inquiriendo, forzando una sonrisa de circunstancias.

—Bueno... como a cualquiera, supongo —le contestó el hombre sentado frente a él.

—Te puedo garantizar una vida libre de enfermedad y sufrimiento —le confió entonces con voz melosa e insinuante—. Nunca padecerás el menor achaque, tu espalda no se verá encorvada por efecto de la edad e incluso... sí, incluso eso podría ofrecerte... —prosiguió Asmodeo, bajando la voz—. La hora de tu muerte podría retrasarse... indefinidamente.

—¿Decías? —preguntó Felipe—. No he escuchado bien eso último que has dicho.

—¿Que podría retrasar la hora de tu muerte, zoquete!

—Llegas tarde, amigo. Ya dejé el tabaco.

—¡Te haré inmortal! ¡Sólo tienes que firmar! ¡Aquí! —gritó Asmodeo, con una voz mucho más potente de lo que su pequeño tamaño podía hacer presagiar, al tiempo que empujaba hacia Felipe un elaborado pergamino, invocado de Dios sabe qué oscura esfera metafísica.

—No, si ahora va de cazatalentos, el tío —murmuró disgustado Felipe y añadió en voz más alta—: Mira, lo siento mucho, pero no pienso firmarte nada. ¿Lo entiendes? Y menos en estos términos.

—¿No te atrae la vida eterna? ¿Qué quieres entonces? ¿Dinero? ¿Mujeres? ¿Satisfacer quizás alguna oscura necesidad? Todo lo que quieras será tuyo. Sólo, simplemente, ¡firma! —ordenó el diablillo, aunque en justicia habría que conceder que ya no parecía tan pequeño. De hecho, podría jurarse que, por unos momentos, su rostro había ocupado toda la habitación, con sus llameantes ojos, grandes como neumáticos de camión, fijos en el rostro imperturbable de Felipe.

El hombre ni se inmutó. Se limitó a

mantenerle la mirada hasta que volvió a achicarse y, después, le dijo con voz perfectamente razonable:

—¿Crees que soy imbécil? ¿Piensas que no sé qué consecuencias tiene eso? ¿Habrás engañado a otros con estos trucos pero te aseguro que conmigo no van a funcionar? Tengo las ideas muy claras al respecto. Ni aunque el infierno se helara te firmaría yo ese maldito papel.

Asmodeo abrió los ojos como platos, de té en su caso, y boqueó, incapaz de asimilar la respuesta que su generosa propuesta había recibido. Su semblante recorrió todo el espectro de los rojos hasta tornarse casi negro, un negro bullente e intenso, tanto que irradiaba oscuridad a su alrededor, en un halo impío.

—¡Tú! ¡Tú...! —era cuanto alcanzaba a pronunciar—. ¡Acabaré contigo, miserable Don Nadie! ¡Desearás haberme tomado en la debida consideración! ¡Sufrirás tal castigo que los siglos se estremecerán de horror! ¡Soy Asmodeo! ¿Me oyes? ¡Nadie me trata de este modo!

Felipe aguantó la diatriba impasible, sin mover un músculo, disimulando incluso, sin demasiado éxito, un tímido bostezo. Sabía que el otro no tenía ningún poder sobre él y se limitaba a aguantar el chaparrón, esperando a que se agotara. El diablillo no se cansó, por supuesto, pero comprendió lo fútil de su comportamiento y se tragó las venenosas frases que nacían en los más oscuros recovecos de sus satánicos pulmones. También él era consciente de la vacuidad de sus amenazas. Se quedó en pie, respirando pesadamente mientras clavaba sus ojos en los de Felipe, chamuscando ligeramente la madera bajo él.

La furia iba dejando paso a la frustración. ¡Había empezado todo de forma tan prometedora! Eran los tiempos más difíciles desde que iniciara su labor. No había forma de ser tomado en serio y, para cuando por fin lo conseguía, debía soportar actitudes como la de Felipe. Compuso una mueca de disgusto y se sacudió un imaginario polvo de los hombros. Después, chasqueó los dedos y desapareció, dejando tras de sí un tenue hedor a azufre que se disipó pronto en la bien ventilada habitación.

Pasó el resto del día sin mayores sobresaltos y, cuando llegó la hora de cerrar, Felipe se dejó caer por la cafetería para tomar

unas cervezas con sus compañeros.

—No os creeréis lo que me ha pasado hoy —comentó al cabo de un rato.

—Cuenta, cuenta —le animaron.

—Un tipo de lo más extraño intentó sobornarme para que le firmara unos papeles.

—¡No jodas! ¿Y lo hiciste?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién se habrá creído que es? Nadie me había arrancado nunca una firma no autorizada y no iban a empezar ahora.

—¡Así se habla, Felipe! —le alabó un compañero—. Vienen con prisas y aires de grandeza y pretenden someternos a sus caprichos. Pues que se enteren que aquí somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango y que si quieren conseguir algo será según nuestros términos.

—¡Sí!

—¡Bien dicho!

Corearon los demás, entre muestras menos ortodoxas de aprobación, como patear el suelo o golpear la mesa con los vasos. Felipe se incorporó con un resoplido.

—Bueno, yo me marchó ya a casa.

—¿Me pasarás mañana el listado que te pedí? —se apresuró a preguntarle un compañero.

—¡Ufff! —resopló Felipe—. La verdad es que me viene fatal. Me ha sentado tan mal la experiencia que tenía pensado tomarme un día de baja por enfermedad.

—No te preocupes —le tranquilizó el otro—. No corre prisa. Y tómate el tiempo que necesites, después de todo seguro que podemos apañárnoslas en el ayuntamiento sin tu ayuda por unas horas.

—Gracias tío, te debo una.

Cuando ya había llegado hasta la puerta de la cafetería y posaba su mano sobre el pomo para abrirla, se le ocurrió una última idea. Se volvió para prevenir a su compañero.

—Esto... oye, vigila por si vuelve el tipo ese, que son más insistentes que las moscas.

—Tranquilo, estaré al tanto. ¿Cómo se llamaba?

—Yo que sé. No me quedé con su nombre. —Felipe se encogió de hombros—. Algo así como Amadeo —dijo, antes de transponer la puerta e iniciar el lento paseo de todos los días en dirección a casa.

La Puerta Etrusca (XI)

Por Jorge R. Ogdon

51.

*Cehen suthi hinthiu thués
siáns etve thaure iauinegsle
caresri aulés larthial Fufluns
ues **

“Esta tumba
es sede de cada difunto,
en el sepulcro de la familia
que pertenece al lar de Fufluns,
eternamente”.

Epitafio etrusco, siglo III a.C.

Al rato, Julio despertó de su desmayo, confundido, echado en su cama. Junto a él, estaban el Dr. Duval, el comisario Riggamonti, Vípero y Angela. Parpadeó con fuerza y sacudió su cabeza repetidas veces, abriendo grandemente sus ojos, como recordando los motivos funestos de su desmayo, Julio miró fijamente a Duval y dijo:

—¿Y bien, doctor, qué es lo que está pasando aquí? Quiero la verdad, ¿entendió? —le espetó, muy serio y con voz algo ronca, que le obligó a carraspear.

—*Signore Conde*, usted sabe muy bien la desgracia que ha caído sobre nosotros —le respondió, muy seriamente, el doctor, mirándolo de frente y sin pestañear siquiera.

—Cierto, Duval, cierto... —respondió Julio de inmediato, recordando en su mente el tétrico cuadro de Valentina destripada y yaciendo sobre la tierra húmeda, detrás del lugar donde hacía unos momentos todo era alegría y felicidad. Eso le produjo una ira incontenible— ¿Y bien?... ¿Qué se sabe de todo este crimen?

—Nada, *Signore Conde*, hasta ahora, al menos... - contestó el comisario, poniendo cara de circunstancia.

—¿Qué diablos!?... ¡No me van a decir que no saben nada todavía! —clamó Julio, montado

en cólera.

—Es así, *Signore Conde*, no se enfade usted. —volvió a decirle el comisario, algo más compungido.

—¡Maldición! ¿Son todos unos ineptos? —preguntó Julio con el rostro demudado por el enojo.

—Para nada, *Signore Conde*. Mis hombres han peinado toda la zona, pero no han podido encontrar una sola huella de un pie humano en ella —dijo Riggamonti, adoptando una actitud rígida y terminante, aunque respetuosa.

—¿Humana?! ¡Usted, doctor Duval, sabe bien que esto es otra cosa! —le gritó Julio al doctor, quien evidenció un violento sobresalto, sobrecogiéndose.

—Pero, yo, yo, yoo... —llegó a tartamudear Duval.

—¡Vamos, doctor! ¡No me tome por tonto! ¡Y usted tampoco! —les dijo Julio a ambos hombres, que se arrimaron aún más entre sí— ¡Ustedes saben lo que ocurre! ¡A mí no me engañan más!

—*Signore Conde*, por favor, cálmese... —le dijo el comisario.

—¡A ver! ¿Qué diablos es esa gelatina azul, babeante y maloliente, eh, doctor? —le demandó a Duval.

—Bueno... —dijo el doctor, quedándose mudo, encarnando sus pobladas cejas grises por encima de sus anteojos.

—¿Ve, ve? ¡No me lo quiere decir! —exclamó Julio, elevando sus brazos al cielo.

—¡Está bien, no grite más! —intervino Vípero con voz estertórea y tocando el hombro de Julio, que se dio vuelta en su dirección con los ojos encendidos de furia.

—Vípero... —alcanzó a decir entre dientes.

—Mire, *Signore Conde*, si nadie aquí se lo dice, yo hablaré —replicó Vípero—, pero antes, cálmese y tome asiento. Por favor, *Signore Conde*.

—Está bien, está bien... me calmo y me siento. Pero quiero toda la verdad... y la historia... ¡si la sabes! —dijo Julio, tomando asiento en una banqueta baja.

Vípero y los demás hicieron lo propio, y una vez que estuvieron todos acomodados, empezó a relatarle a Julio la historia que tanto reclamaba.

57.

—Esto ocurrió hace mucho tiempo, añares diría, pero lo recuerdo como si fuera hoy mismo... Fue casi lo mismo que usted tuvo ocasión de notar, *Signore Conde*. Yo era un niño de unos ocho años, pero mi madre me mantuvo viva la memoria de lo que viví entonces... —empezó a decir.

—Abrevia, Vípero —dijo Julio con la mirada puesta sobre él.

—Sí, *Signore Conde*. Fue una siesta en la que mis padres y yo nos dirigimos hacia el pueblo, el que usted ya conoce... Pietrabianca... Íbamos cruzando el campo inculto y sin labrar todavía, muy cerca de los *tumuli* que el Conde Bruno había excavado...

—¿Ya los había excavado? —preguntó Julio con curiosidad.

—Sí, *Signore Conde*. Muchas cosas pasaron desde entonces y el Conde ya había desaparecido hacía un tiempo más o menos largo...

El doctor Duval le echó una feroz mirada a Vípero, pero permaneció en silencio; mirada que no se le escapó a Julio de notar, ya que estaba atento a sus reacciones.

—... bueno, que estábamos marchando por allí, cuando el cielo se puso todo negro, como si fuera a descargarse una tormenta de invierno con todas las de la ley; mis padres echaron a correr y se protegieron en un bosquecillo de álamos que había ahí cerca, cuando mi madre gritó, porque se había apoyado en el tronco de uno de ellos que estaba completamente cubierto de esa gelatina azul y maloliente, como la que usted encontró alrededor de la infortunada y tan querida Valentina. Mi madre, lo recuerdo bien, dijo: “¡il Maligno, il Maligno!”... y no me acuerdo qué más, pero salimos de allí como alma que lleva el diablo, *Signore Conde*, se lo juro...

—¿Y qué tiene que ver con lo que ha ocurrido, Vípero? —interrumpió el doctor, con voz alterada y con cierto enojo.

—Es lo mismo que dijo usted —intervino Julio apresurado.

—¿Cómo? —se sobresaltó Duval y lo miró con el rostro demudado por la sorpresa.

—Es lo mismo que le dijo a Riggamonte, doctor Duval, ¿cómo puede explicarlo? —siguió Julio, en tanto lo tomaba por la solapa de su saco.

—No sé... no recuerdo haber dicho tal cosa, *Signore Conde* —respondió confuso y echándose hacia atrás, pero sin poder escapar del firme puño de Julio.

—Dígame —agregó éste— ¿Me toma por tonto o mentiroso?

—Para nada, para nada, *Signore Conde*. No es mi intención... —empezó Duval a excusarse, pero Julio le dijo muy serio:

—¡Oh, vamos, doctor! ¡Hable usted conmigo de una vez! ¡Usted sabe más de lo que me ha dicho!

—... Y no terminó allí la cosa, *Signore Conde*, no, para nada —intervino Vípero, continuando su relato sin que nadie se lo pidiera. Todos se quedaron mudos de asombro y con el oído atento a sus palabras—. En efecto, con las manos todas embadurnadas de ese pegajoso líquido, mi madre giró y volvió su vista hacia los *tumuli*, y agregó: “il Conde Bruno non ha morto”..., eso dijo, abriendo los ojos desorbitadamente, como en una revelación, sí,... como en una revelación —terminó su relato tan abruptamente como lo había comenzado, y calló obstinadamente, a pesar de los reclamos de los presentes.

Julio, con su temperamento saliendo de sus casillas, estuvo a punto de trompearlo y así hacerlo hablar, pero se contuvo y arremetió de nuevo contra el doctor Duval, diciéndole:

—¿Y, doctor? ¿Qué tiene que decirme, eh?

—Pues... Mire, *Signore Conde*, hay muchas cosas oscuras todavía para las que no tengo explicación alguna —le respondió Duval con firmeza.

—Mejor que la encuentre ahora, doctor. Quiero que me lo diga, todo lo que sabe. Ya se lo pregunté antes, y ahora de vuelta, ¿qué es esa gelatina maloliente? —le espetó Julio, demandando una respuesta inmediata.

—Bueno... Está bien, *Signore Conde*... Implica que el Mal está de nuevo entre nosotros, simplemente eso —le contestó Duval, mirándolo seriamente y sin titubear, aunque se notara que respondía en contra de su voluntad.

—¿Cómo es eso?! —profirió Julio fuera de sí— ¿Quién es el Maligno aquí?

—Le han abierto la Puerta de nuevo, eso es

indudable —continuó Duval impasible.

—¿La puerta? ¿De qué demonios hablamos, doctor?

—La puerta que le contenía y le tenía prisionero, *Signore Conde* —dijo el comisario Riggamonte. Julio se volvió hacia él y, luego, miró de nuevo al doctor.

—Esa es la pura verdad, *Signore Conde* —agregó Duval.

—¿Qué puerta? ¿De qué hablan ustedes? ¡¿Se han vuelto locos?! —preguntó Julio frenético, mirando a uno y a otro sucesivamente.

—La Puerta Etrusca, *Signore Conde* —dijo con voz cansina el comisario.

—¡¿La Puerta Etrusca?! —volvió a inquirir Julio.

—La que cierra el acceso al Túmulo Grande “A”, la misma que abrió el conde Bruno y la que, sin ninguna duda, abrió usted mismo... —comentó Duval.

—¿Yo? ¡¿Cuándo, cómo?! —dijo dubitativo Julio.

—Sí, sólo el conde tenía, y tiene, el poder de hacerlo. Quizá no sepa cómo ni cuándo, pero usted lo ha hecho —dijo Riggamonti.

Julio recordó entonces su extraño sueño, aquel en el que se vio a sí mismo recitando raras palabras... entonces, ¡había sido real! ¡Había ocurrido en verdad! Y era él, él quien había liberado al misterioso Mal de nuevo... para que terminara asesinando a la bella Valentina. ¡No! ¡No podía creerlo!

Con el rostro enfurecido, echando chispas por los ojos y mordiendo los labios para no gritar como un chiflado, Julio se dio media vuelta y salió raudamente de la habitación, dejando a todos con la boca abierta, mirándose entre sí y sin entender el arrebato del joven conde.

58.

Salió al corredor, mirando de un lado al otro, y se dirigió a la biblioteca; quizá el manuscrito del conde Bruno ocultara algún dato, algo por lo que orientarse. Se sentía confundido, engañado por aquellos quienes, en teoría, debían cuidarlo y protegerlo. Sentía que el doctor no era del todo franco con él, que sabía más de lo que le había dicho; igual que el comisario y Vípero. ¿Qué había querido decir con esa historia de su infancia? Tenía que averiguarlo o se volvería

loco.

Abrió la puerta del cuarto y se sentó frente a la mesa, tomando el manojito de papeles y buscando frenético el sitio adónde había dejado su lectura la última vez, pero cuando encontró la frase escuchó un leve golpeteo sobre la puerta que le hizo levantar la cabeza y decir, con cierto malhumor,

—Sí... adelante.

—Permiso, *Signore Conde* —dijo Angela con voz angelical, al mismo tiempo asomándose al interior de la biblioteca.

—Sí, pasa, pasa... —le respondió Julio, al tiempo que dejaba de lado el manuscrito del conde Bruno y la miraba con ojos de lobo hambriento. Finalmente, la oveja venía a él... ¡y esta vez la atraparía! Se extrañó de pensar eso, pero le pareció de lo más normal teniendo en cuenta sus sentimientos y la anterior actitud de ella por ellos.

—Quería saber si se encuentra usted bien, *Signore Conde*.

—Perfectamente, Angela... ¿Porqué?

—Nada... sólo me parecía que estaba usted muy alterado... bueno, no es para menos, *Signore Conde*. Después de lo ocurrido cualquiera estaría igual —le dijo, esbozando una sonrisa de conmiseración, que llamó la atención inmediata de Julio y lo hizo remontar en su enojo.

—¿Te piensas que soy tan débil como para ponerme como un campesino ignorante ante esta eventualidad?

—Nooo, no me malinterprete, *Signore Conde*. Para nada quise darle a entender algo malo...

—Pues mide tu lenguaje, niña, no estoy de humor para aguantar eso.

—Disculpe, *Signore Conde*. No fue mi intención ofenderle. Mejor me retiro, pero antes, ¿comerá aquí?

Julio dio un paso hacia ella, la tomó firmemente del brazo y, atrayéndola hacia sí, le estampó un beso sobre los labios; luego, separándose de una sorprendida Angela, le dijo:

—Te amo, Angela, pero eso ya lo sabías, ¿no?

—Pe...pe... pero, ¡*Signore Conde*! Y-y-yo...

—Vamos, Angela, ¡déjate de jugar conmigo! ¿O no te gusto acaso?

—S-s-si... *Signore Conde*, me lastima usted —dijo ella, retorciendo su brazo de acá para allá, en un intento por zafarse de ese puño de hierro

que la atenazaba.

—Oh... perdona, Angela, no quise hacerlo —respondió Julio, poniéndose cariacontecido, e inmediatamente sonriendo socarronamente, para tratar de besarla de nuevo.

—¡No! ¡*Signore Conde*! —gritó ella y lo empujó fuertemente hacia atrás.

—Quieta, mi amor, déjame besarte.

—¡No, no! ¡No puede ser! —volvió a gritar ella y, aprovechando que, en ese momento, Julio había aflojado su puño, salió corriendo de la biblioteca, dejándolo parado y riendo a mandíbula batiente.

—¡Corre, corre! ¡No escaparás de mí, Angela! ¡Ja, ja, ja! —exclamó a la joven, mientras ésta desaparecía por el largo corredor en dirección a la escalera. Y, de pronto. Julio giró a su izquierda y se quedó tieso: vio reflejada su imagen en un espejo veneciano de marco oscuro, y lo que vio lo dejó duro como el granito, porque se vio a sí mismo hecho un verdadero demonio, un ser rasgado de espantosas facciones diabólicas, riéndose con una risa insalubre y condenada, un auténtico monstruo, que no podía creer que fuera su reflejo..., pero lo era.

59.

Anonadado por la cruel visión, Julio regresó a su cuarto y se echó sobre su lecho, masculando para sí toda clase de maldiciones. No podía saberlo, pero las cosas estaban muy cambiadas para él y le conducían, aún sin saberlo, a un destino trágico del que nadie podía decirle nada, porque lo ignoraban todo.

Pensó en la Señora Delia, que tenía que verla y hablar con ella, cuando de repente le invadió una profunda somnolencia que le dejó abatido cuan largo era sobre la cama. Soñó cosas terribles, hasta que se le presentó una figura que lo atormentaba: Valentina, hecha un cadáver sonriente, que le gritaba montones de barbaridades y le invitaba para que fuera hacia ella; incluso, se sacó un feto desarrollado del vientre y lo revoleó ante su atemorizado rostro, a la vez que decía, con voz de ultratumba:

—¡Mira, mira Giulio! ¡He muerto por esto, por este inundo ser nonato!... ¡Y tú, tú eres el culpable!

Escondiendo su cabeza bajo la almohada, temblando como un molusco, balbuceado vaya a

saberse qué excusa, Julio fue encontrado por Pietro, el cuidador de sus canes.

—¿Se encuentra usted bien, *Signore Conde*?

—¿Eeehh?... Ah, eres tú, niño... Sí, estoy bien, gracias.

—Parecía aterrorizado por una pesadilla, *Signore Conde*.

—No, nooo... No es nada, Pietro. ¿Qué quieres de mí?

—Oh, venía a avisarle que los canes están en los caniles, por si quería verlos.

—¿Ahora?

—Bueno, sólo si tiene ganas, *Signore Conde*. No quiero importunarlos si no puede.

—No, no... Los veré mañana, Pietro. Ahora estoy ocupado en otra cosa. De todos modos, gracias.

—Como usted desee, *Signore Conde*.

—Así lo deseo, Pietro, sí.

—Está bien. Me retiro entonces, y disculpe si lo distraje de sus sueños, *Signore Conde*.

—No importa. Ya tenía que atender otros asuntos, Pietro.

El joven se marchó, dejando a Julio a solas con el recuerdo de Valentina y su pesadilla de culpabilidad. Estaba seguro de que la niña sabía que había quedado embarazada y le culpaba de ello a él. O, ¿no lo estaría buscando? ¿No habría planeado quedar encinta de él? Quizá con un plan futuro. Ahora, fuera lo que fuese que planeara, todo eso se había desvanecido. Alguien había coartado la posibilidad con un crimen. ¿Por qué? No tenía la respuesta, ni a eso ni al plan de Valentina.

Se puso de pie y se dirigió de nuevo a la biblioteca; tenía que seguir con el manuscrito del conde, que sería lo único que podría darle una respuesta objetiva a lo que estaba ocurriendo en ese sitio. Sin dudar, arrimó la silla al escritorio y se abocó a la lectura de esas líneas. Había ya retrasado mucho su lectura y necesitaba una voz que le dijera la verdad del asunto.

60.

Se arrellanó por enésima vez en su confortable silla frente al escritorio de madera oscura y vidrio, y se quedó un segundo mirando su reflejo en el cristal que servía de cubierta al mueble. Vio un rostro demacrado, cansado por los acontecimientos, gastado. Su juventud estaba

desapareciendo poco a poco, como también había desaparecido Valentina tan abruptamente. ¿Cómo olvidarla? Alejó la imagen de la joven de su mente y se dedicó al manuscrito del conde Bruno concentradamente.

27 de diciembre de 1899

Rino fue el primero que nos llamó, para decirnos que el hueco había sido horadado, y, luego, vino Don Carissimo a comentarnos que estaba algo acobardado debido a lo lúgubre que le pareció el interior de la tumba, después de echarle un rápido vistazo por el agujero practicado a tal efecto. El profesor Engrazie desechó sus pueriles temores, “comunes en estos casmpesinos iletrados”, dijo, muy seguro de sí mismo y sus conocimientos universitarios, pero yo presté oídos subrepticamente, aunque no dije “esta boca es mía”.

Seguimos a ambos hasta la abertura, que era lo suficientemente grande como para que, a gachas, pasáramos cómodos. Envié a Rino en la vanguardia, quien no dudó en hacerlo, y le siguieron Fanabe y el resto del equipo, embargados por la excitación y la expectación de poner sus pies en tan magno sitio. Después, les seguí acompañado por el reluctante Don Carissimo, que se santiguaba a lo loco cuando así lo hicimos; y yo, también, porque tenía un mal presentimiento desde el día anterior, que no había desaparecido sino que se me había incrementado luego de una noche inquieta, durante la que no fue mucho lo que dormí; volví a soñar cosas perturbadoras y hasta recuerdo haberme visto en el interior de esa tumba todavía sin abrir. ¿Cómo? No me lo pregunto..., ni tengo una respuesta.

Alumbrados por nuestras débiles lámparas de aceite y unas seborreosas velas —que apenas lanzaban un destello de pálida luz—, nos adentramos y, al estar ya dentro de la tumba en sí, nos quedamos petrificados apenas hoyamos el lugar, ya que las paredes del recinto todo estaban talladas con increíbles esculturas en relieve exento, enseñando escudos, armas y toda clase de enseres, en forma similar a la llamada “Tombe de ---”. Fanabe emitió un prolongado silbido de admiración, y Engrazie dijo: “¡Qué insólita maravilla!”. Yo permanecí en silencio, embargado por una oscura sensación de estupor,

mezcla del deslumbramiento y la ansiedad.

—¿Qué le parece, Bruno, no es extraordinario? —recuerdo que me espetó Fanabe de repente.

—Estoy sin palabras —fue lo único que pude responderle en ese momento.

Rino se había adelantado sosteniendo ante sí una de las lámparas, y ya se encontraba en una sala a la que llevaba un pórtico sin puerta, pero totalmente decorado con luminosas y brillantes pinturas, que parecían haber sido pintadas ayer nomás, tal era su grado de perfecta conservación, que hasta yo mismo pensé que no tenían parangón alguno en los cementerios etruscos. De pronto, un grito hizo que todos nos volviéramos hacia ese punto del recinto: era Rino que nos llamaba a viva voz ante un hallazgo sin duda sin igual.

Nos arrimamos al lugar donde se encontraba, para encontrarnos con un recinto amplio que era enorme, mucho más de lo que el sepulcro parecía contener, y que se perdía al fondo, a través de otro gigantesco portal sin puerta alguna... Parecía la entrada de acceso al Infierno... El salón estaba decorado totalmente con motivos florales, festones y guirnaldas que colgaban de fingidos clavos de piedra dura, y listones trenzados que, si hubiera habido pájaros allí dentro, los hubieran tratado de deshacer con sus picos. En fin, motivos banales y artificiales impregnados de toda la afectación helenística de un período tardío de la Historia etrusca, pero no por ello menos valiosos e interesantes, en especial debido a su perfecto estado de conservación. Es más, el lugar parecía haber sido pintado ayer nomás, como ya dije, tal era el prístino estado de sus pinturas. Me resultó evidente que la originalidad del sitio se manifestaba antes que nada por sus creaciones plásticas, que eran de una minuciosidad tal que las convertía en maravillas arqueológicas. En esto, coincidimos todos.

La abertura del fondo, lúgubre, enorme y oscura como sólo podría serlo el pasaje al Averno, ostentaba una inscripción, que Arezzo se apresuró en traducir para nosotros a pesar de estar bastante borroneada; decía: “Porta dell’Augusto”, que, en un primer momento, tomamos como una referencia al emperador romano del mismo nombre. Sólo mucho después supe que, en realidad, se refería a alguien que no

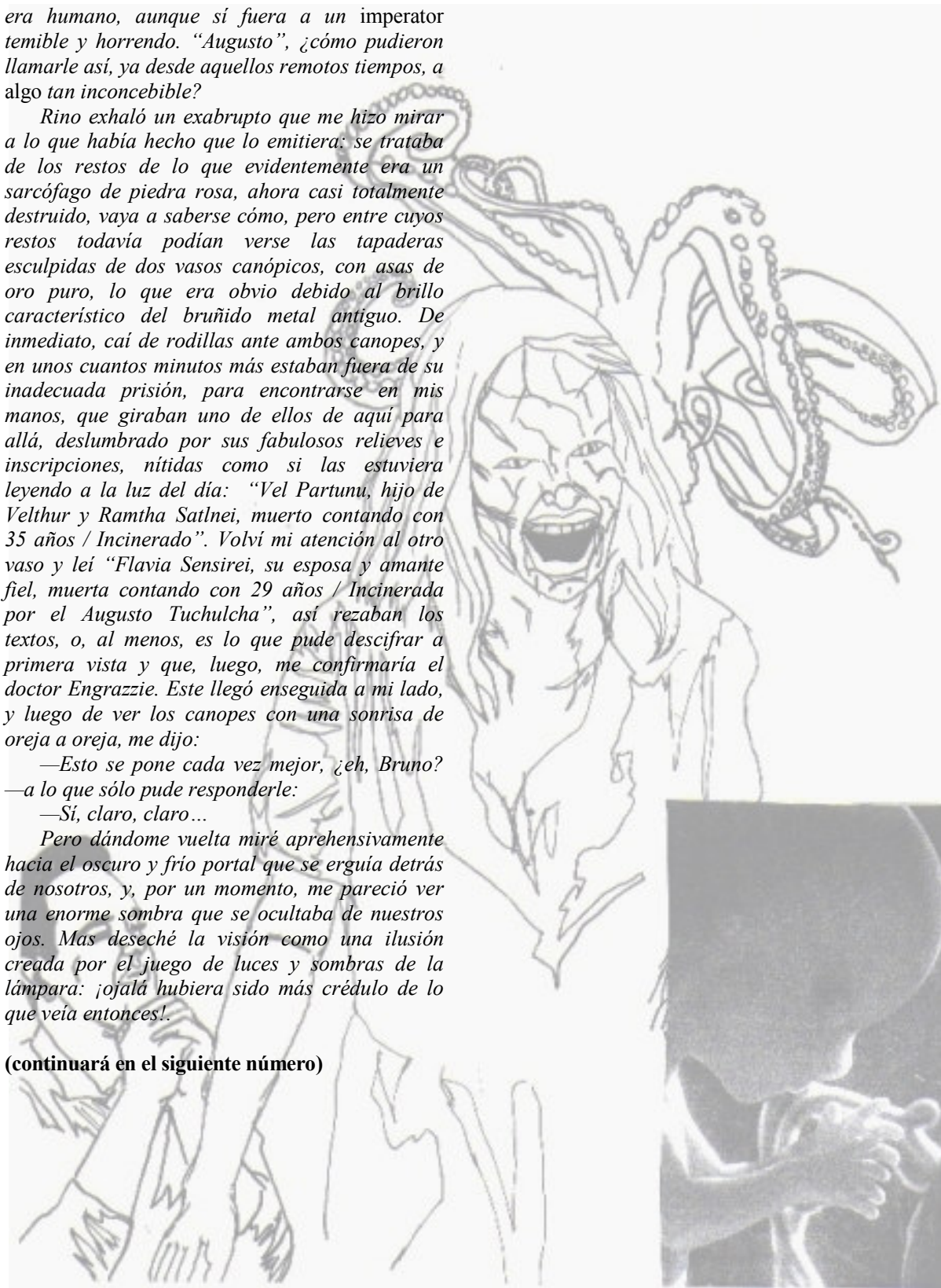
era humano, aunque sí fuera a un imperator temible y horrendo. “Augusto”, ¿cómo pudieron llamarle así, ya desde aquellos remotos tiempos, a algo tan inconcebible?

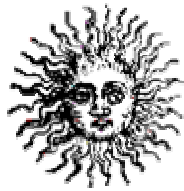
Rino exhaló un exabrupto que me hizo mirar a lo que había hecho que lo emitiera: se trataba de los restos de lo que evidentemente era un sarcófago de piedra rosa, ahora casi totalmente destruido, vaya a saberse cómo, pero entre cuyos restos todavía podían verse las tapaderas esculpidas de dos vasos canópicos, con asas de oro puro, lo que era obvio debido al brillo característico del bruñido metal antiguo. De inmediato, caí de rodillas ante ambos canopes, y en unos cuantos minutos más estaban fuera de su inadecuada prisión, para encontrarse en mis manos, que giraban uno de ellos de aquí para allá, deslumbrado por sus fabulosos relieves e inscripciones, nítidas como si las estuviera leyendo a la luz del día: “Vel Partunu, hijo de Velthur y Ramtha Satlnei, muerto contando con 35 años / Incinerado”. Volví mi atención al otro vaso y leí “Flavia Sensirei, su esposa y amante fiel, muerta contando con 29 años / Incinerada por el Augusto Tuchulcha”, así rezaban los textos, o, al menos, es lo que pude descifrar a primera vista y que, luego, me confirmaría el doctor Engrazzie. Este llegó enseguida a mi lado, y luego de ver los canopes con una sonrisa de oreja a oreja, me dijo:

—Esto se pone cada vez mejor, ¿eh, Bruno?
—a lo que sólo pude responderle:
—Sí, claro, claro...

Pero dándome vuelta miré aprehensivamente hacia el oscuro y frío portal que se erguía detrás de nosotros, y, por un momento, me pareció ver una enorme sombra que se ocultaba de nuestros ojos. Mas deseché la visión como una ilusión creada por el juego de luces y sombras de la lámpara: ¡ojalá hubiera sido más crédulo de lo que veía entonces!.

(continuará en el siguiente número)





QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.eximeno.com>

© 2005 Santiago Eximeno & Francisco Ruiz